PRÓLOGO

Los rayos de luz del amanecer se abrían paso a través de las tablas de madera podrida que tapiaban la ventana de la habitación, la luz blanquecina iluminaba a duras penas un cadáver que yacía en el suelo. A su lado, sentado en el suelo de piedra y cubierto de sangre hasta los codos estaba el autor de semejante horror, devorando las entrañas del cuerpo sin vida de su última víctima.

Cuando la puerta se abrió, no se escuchó ningún grito de socorro ni de espanto, solo el sonido de la lluvia, constante y arrítmico rompió el silencio. Esta lluvia no era como las que se podían escuchar por todo el resto de Etria una noche de primavera cualquiera, en la capital llovía constantemente. Desde hacía ya más de un año la niebla se había apoderado de la ciudad y con ella había llegado la lluvia. Las criaturas de la noche simplemente se aprovechaban de esta falta de luz solar.

– Levanta Bredden – ordenó un hombre alto cubierto por una capa con capucha negra que le cubría la cara, se había colocado al lado del cadáver sin hacer el más mínimo ruido.

Bredden se levantó, todavía masticando parte del corazón de la víctima. Era un hombre macilento y huesudo, cualquiera podría haber pensado que estaba al borde de la inanición, pero la sangre que goteaba todavía fresca por la comisura de sus labios dejaba algo claro, el hambre no era un problema… Su rostro por otra parte, era un claro problema, no tenía nariz y sus fosas nasales estaban al descubierto, esto, acompañado de una mandíbula desencajada llena de afilados dientes le daban un aspecto grotesco, tanto que se había convertido en un marginado incluso entre vampiros, que caminaban cada vez más frecuentemente por las calles de la capital, camuflados entre la gente, siempre silenciosos y vigilantes, buscando saciar su sed sin ser descubiertos. A Bredden solo acudían cuando necesitaban algo, normalmente estos encargos incluían atrocidades y fuerza bruta, Bredden no era el más listo de los alrededores, pero oh, le encantaba la violencia y a cambio le daban a elegir una de las preciadas piezas de la colección del duque.

Majestuosos humanos criados desde la lactancia y seleccionados rigurosamente para la alimentación y disfrute del mismísimo duque y su familia. Tenían de todos los tipos que una criatura de la noche pudiese desear aunque los favoritos de Bredden eran las muchachas jóvenes, solo de pensar en el sonido de sus delicados huesos quebrarse su boca comenzaba a salivar. Bredden se giró, clavando sus ojos rojos y sin vida en el encapuchado.

– ¿Se puede saber qué quieres?, estoy comiendo – dijo mientras volvía la vista al cuerpo.

– Me envía el duque, nuestro Excelentísimo Señor necesita que te encargues de ciertos fanáticos entrometidos – el tono del encapuchado se volvió más serio – La situación es cuanto menos delicada, si algo no va según los planes, todos podríamos acabar en graves problemas.

– ¿La Iglesia del amanecer?, Que le jodan al duque, la última vez que me enfrente contra esos capullos de la Inquisición casi acaban conmigo – protestó Bredden.

– Diez piezas – entre cortó rápidamente el encapuchado – El duque está dispuesto a ofrecer diez piezas de su selección personal.

Bredden volvió a mirar al encapuchado, totalmente anonadado por la oferta.

– ¿Diez? — empezó a salivar tanto que alguna gota cayó al suelo desde su boca – ¿Que necesita mi Excelentísimo señor exactamente? – preguntó mientras hacía la mejor reverencia que su esquelético y deforme cuerpo le permitían.

– Últimamente la Iglesia del Amanecer está inquieta, han conseguido demasiado poder en la última década y parece que finalmente están preparados para utilizarlo, debemos detener sus planes antes de que comiencen – el encapuchado se sacó una daga de debajo de la capa y se la entregó a Bredden – Acaba con el Pontífice y cortaras el problema de raíz.

Bredden estuvo a punto de arrancarle la cabeza a aquel hombre y huir en ese mismo instante, el Pontífice era el máximo cargo de la Iglesia del Amanecer y lo controlaba todo desde la alta torre de su palacio al sur de la ciudad, el cual estaba siempre vigilado por la firme mirada de la Inquisición. Nunca lo había visto por dentro pero podía asegurar que estaba abarrotado de guardias de élite.

«Está loco, el duque se ha vuelto loco.» pensó Bredden, pero rápidamente sus pensamientos volvieron a centrarse en las diez piezas de suculenta carne que le habían prometido, ni el Pontífice ni mil guardias de élite armados con armas bendecidas se interpondrian entre él y su comida, combatiria contra un condenado dragón si hacía falta. Tomó el puñal del encapuchado y se hizo un corte horizontal en la palma de su mano izquierda.

– Así, el contrato queda firmado. – dijo Bredden.

El puñal se transformó en humo y se esfumó entre sus dedos. En un instante el encapuchado había desaparecido sin dejar rastro alguno.

Hacía ya horas que había llegado el ocaso cuando Bredden decidió salir a realizar el urgente encargo. La oscuridad inundaba las calles y la poca luz que brindaba la luna no sería suficiente para que nadie pudiese ver a Bredden transformado en murciélago, volando en dirección a la torre del Pontífice. Podía ver el palacio a lo lejos, estaba bien iluminado así que debería tener cuidado al acercarse. Nadie le había entrenado para ser sigiloso y nunca fue su punto fuerte pero poseía una fuerza descomunal acompañada de una velocidad de vértigo de la que dependía instintivamente. Decidió entrar por la primera ventana que encontrase y abrirse paso a través de los guardias. Cuando llegó a la torre quedó impresionado con lo monumental que era, además advirtió lo detalladas y coloridas que eran las vidrieras que adornan los ventanales, se extrañó, no solía fijarse en esas cosas, francamente, prácticamente nunca pensaba en nada que no estuviese relacionado con la violencia pero la estructura lo impresionó. Tras unos segundos más de contemplación volvió a centrarse, se coló por una ventana en la parte inferior. Vio el pasillo que daba a la puerta de la escalera de la torre, delante había dos guardias con las blancas y relucientes armaduras de los caballeros de la Inquisición. El yelmo abierto permite una visión periférica excelente y una protección más que decente al mismo tiempo, ademas estaban

adornados con alas llenas de plumas a los costados. Portaban alabardas en la mano derecha y tenían una espada en el cinturón cada uno, todas las armas bendecidas, lo cual implicaba que un no muerto tardaría mucho en recuperarse de las heridas.

«Tengo que ser rápido, no puedo permitirme ser herido» pensó Bredden.

Voló hasta estar enfrente de los guardias y se transformó de nuevo en su forma humanoide, estos sorprendidos por la repentina aparición tardaron un segundo extra en reaccionar, pero para cuando quisieron darse cuenta ya era demasiado tarde, en un instante Bredden arremetió contra el guardia de la izquierda, aplastandole el cráneo dentro del yelmo contra el muro de piedra a sus espaldas.

– ¡Monstruo! – grito el guardia mientras intentaba golpear al vampiro con su alabarda, fue demasiado lento y en los siguientes momentos solo se pudo escuchar el grito ahogado que salía del guardia cuando Bredden le atravesó la garganta con la mano desnuda.

Bredden probó tímidamente la sangre que le goteaba de la mano, nada más tocar su lengua se le erizó todo el vello del cuerpo y un escalofrío lo recorrió entero, su impaciencia crecia al mismo tiempo que su sed de sangre, comenzó a subir las interminables escaleras hacia la habitación del Pontífice, cada vez más rápido, hasta que llegó a la puerta, en la distancia escuchó el grito de horror de algún guardia que había debido de encontrar los cadáveres en la puerta, entró en la habitación, estaba totalmente a oscuras, se acercó acechante a la cama donde dormía el Pontífice, estaba increíblemente inmovil y yacía sobre su costado de manera que Bredden no le veía la cara, tardó un segundo, pero cuando toco al Pontífice se dio cuenta.

«¿Cómo es posible?» se preguntaba el no muerto mientras observaba el cuerpo sin vida del Pontífice.

– ¡Rápido! – exclamó el guardia que subía rápidamente por la escalera.-- ¡Proteged al Pontífice a toda costa!

El sonido saco a Bredden de su confusión al mismo tiempo que los guardias entraban en la habitación, les dio tiempo a ver a Bredden antes de que rompiera una ventana y se transformase en murciélago para huir.

Ninguno en la sala era consciente de lo que había pasado realmente, pero quién puede decir que es verdad en un mundo de mentiras, algo es seguro, el reino de Etria no volvería a ser el mismo después de aquella noche.

Bredden voló a toda velocidad. A pesar de la falta de pulso de los no-muertos podría haber jurado que el corazón le palpitaba a toda velocidad. Algo iba seriamente mal, Bredden no recordaba sentirse así desde antes de su transformación. Se preguntaba si se había olvidado que es sentir miedo.

Pronto llegó a palacio, en cualquier otra circunstancia no hubiese pisado aquel lugar ni por todas las piezas de la colección del duque pero sentía una sensación en el estómago que le impedía quedarse quieto a esperar noticias. No conocía el camino pero siguió adelante, avanzando entre las sombras hasta que encontró un edificio con una puerta abierta. Al entrar vio caballos y supo que estaba en el establo.

«Este sitio es tan bueno como cualquiera para colarme» pensó el no-muerto.

Una hoja cortó el aire.

Bredden pudo ver el mundo girar a su alrededor mientras su cabeza se desprendía de sus hombros y caía al suelo. No entendía qué estaba pasando, podía ver su cuerpo, inmovil y a su lado un hombre que sostenía una espada con grabados a lo largo del filo. Tenía una espesa barba canosa, era de hombros anchos y sostenía algo entre los brazos. Bredden afinó la vista y lo reconoció al instante. Esos ojos de un profundo color escarlata delataban a un vampiro ante cualquiera que hubiese visto uno alguna vez. Pero eran distintos, estaban llenos de vida, de posibilidades.

El cabello negro azabache termino de confirmarlo, a pesar de ser solamente un infante de un año Bredden pudo reconocer al unico descendiente nacido de la union de su señor vampirico y la princesa Helena, hija primera de Aleksander Lieven, heredera al reino y humana.

«Es el príncipe prometido. ¡Y lo sostiene un sucio plebeyo humano!» la rabia crecia dentro de Bredden, ese niño era su futuro y el de su especie, él debía llevarlos a la gloria. Tal era la furia del no-muerto que no se percató del encantamiento que estaba lanzando el humano para exorcizarlo.

Bredden sintió el calor de las llamas, todo su ser se envolvió en ellas. Mientras su piel se comenzaba a derretir la podía sentir resbalando de sus huesos. Pronto perdió la visión, el líquido dentro de sus globos oculares hervía mientras todo su cuerpo se carbonizaba.

Después, llegó la nada. No existía ni el dolor ni la sed que le carcomía por dentro y consumía su ser. Durante unos instantes fue libre de todas las ataduras del plano mortal, pero la libertad se esfumó al momento. Todo volvió de golpe, intensificado hasta un punto que Bredden nunca hubiera creído posible.

Esta vez el sufrimiento no desapareceria, esta era la condena por su condición. Aunque su cuerpo no exista en el plano físico, su alma no tenía el derecho a morir.

I

El verano acababa de empezar y en la región sur de Castelia el clima no perdona, la sequía acompaña al bochorno. Por el camino de tierra viajan a pie Orión y su yegua. Orion no acostumbraba a ponerle nombre a sus caballos o yeguas, le resultaba más sencillo cuando llegaba lo inevitable.

Una esperanza de vida desconocida significa ver a muchos caballos pasar, Orion no sabía exactamente qué edad tenía, estimaba que alrededor de los cincuenta o sesenta años pero su piel tersa y pálida junto a sus afiladas facciones le daban un aspecto juvenil, vestia todo de negro; un sombrero casi tan ancho como sus hombros arrojaba sombra sobre su cara y una capa con hombreras cubria casi por completo su armadura ligera de cuero negro, el mango de una unica espada asomaba en su cinturon.

Los campos de trigo se expanden hasta donde alcanza la vista, un mar de oro que baña el paisaje. Finalmente, al subir una colina Orion pudo ver una fortaleza rodeada de cerros a lo lejos. Tanto tiempo por los caminos bajo la sofocante presión del sol y con reservas de agua limitadas habían empezado a pasarle factura a los dos.

– Vamos, un último empujón. – susurró el desconocido al animal mientras dibujaba algo con el dedo en el aire. La yegua levantó la cabeza y aligero el paso, olvidando algo de la fatiga que estaba sintiendo hasta ese momento.

Cuando estuvo cerca de las afueras de la fortaleza, un sentimiento de nostalgia comenzó a invadir a Orión, a pesar de todo el tiempo que había pasado, recordaba perfectamente cómo se sintió la primera vez que vio aquellos muros junto a Lucero, su padre adoptivo, nunca antes había estado en una fortaleza de piedra como aquella hasta esa vez. El recuerdo le dejó un sabor agridulce e intentó apartarlo de su mente.

Cuando se encontró frente a la entrada de la fortaleza un guardia le cortó el paso.

– Alto. – dijo con nerviosismo el guardia desde el otro lado del corto puente que daba paso al pueblo. – ¿Quién eres y qué demonios te trae a Udra?

El guardia era claramente nuevo en su puesto, por su cara llena de acné Orion estimaba que no debía de tener más de dieciocho años de edad y sujetaba la lanza como un campesino sujetaria una horca intentando defenderse de un jabalí salvaje, a Orion le sorprendió que aquel joven inepto estuviese defendiendo el solo la entrada principal, especialmente teniendo en cuenta el hincapié que solía hacer el Barón de Udra en la seguridad y en la guardia de su fortaleza hacía años. Orion, oculto bajo su sombrero hizo caso omiso de la pregunta y continuó avanzando hacia él.

– ¡Ni un paso más! El Barón me ha dado permiso para llenar de agujeros con mi lanza a cualquier bastardo que no cumpla las normas – Exaltado, levantó la lanza con manos temblorosas y apuntó al extraño, que seguía caminando con paso firme hacia el. Cuando estuvo a menos de un palmo de la punta de la lanza se detuvo.

– ¿Y bien? ¿Qué haces aquí? – El muchacho intentó parecer intimidante pero era incapaz de disimular su inexperiencia, probablemente nunca había herido a nadie antes y Orion lo sabía.

– Mi nombre es Orion – el guardia no supo reconocer el acento del extraño, pero definitivamente supo que no era de Castelia. – Tengo ciertos asuntos que tratar con tu señor, me temo que es todo lo que puedo revelar sobre la razón de mi paso por Udra por el momento, espero que no suponga ningún problema. – Orion subió la mirada hasta encontrarse con la del muchacho mientras hablaba. – Definitivamente no es algo que le incumba a un mocoso como tu, dime, ¿has compartido lecho ya con alguna pueblerina desdentada siquiera? ¿o estás esperando a conocer a alguien especial? – Preguntó con sarcasmo.

Cuando sus profundos ojos color escarlata se clavaron en el muchacho su tez se tornó pálida, casi tanto como la de Orion. Mil veces le había contado historias su anciana abuela sobre criaturas de la noche con ojos rojos que se alimentan de la sangre y carne de niños y adultos por igual. Siempre había pensado que eran solamente cuentos para asustar a los niños, historias para meterles miedo en el cuerpo y conseguir que sean obedientes durante un rato, pero al mirar directamente a los ojos de Orión se olvidó de todo lo que creía saber.

El miedo se apoderó del joven guardia, que sin decir una sola palabra soltó la lanza y salió corriendo por la calle principal hasta perderse entre los edificios. Lamentablemente Orion no pudo saciar su curiosidad con las intimidades del muchacho. Sabía que ese chico le causaría problemas, había visto incontables veces esa mirada de terror a lo largo de sus viajes por la Confederación Real. El temor rápidamente se convertía en resentimiento y odio. Por eso nunca se quedaba demasiado tiempo en el mismo lugar, pero ahora no era el momento de ponerse a pensar en un guardia asustado, tenía que encontrar un lugar donde él y su yegua pudiesen descansar tras el largo camino.

Avanzo por las calles de Udra, evitando en la medida de lo posible la calle principal y a los guardias. Ya había estado antes en aquel pueblo hacía más de dos décadas pero ahora parecía totalmente distinto, seguía siendo igual de grande pero se sentía mucho más insignificante. Cuando estuvo la última vez se respiraba un ambiente de jovialidad que ahora había sido reemplazado por la decadencia. Los edificios y muros de piedra estaban en un estado patético, una fuerza de 20 hombres podría tirarlos abajo y hacerse con el control del pueblo. Afortunadamente para los habitantes de Udra, no había nadie tan desesperado como para atacar una fortaleza tan caída en desgracia.

Llegó a la posada que buscaba, estaba alejada del camino principal y era necesario ir por callejones sucios para llegar, además desde fuera no parecía más que un viejo edificio abandonado. Lucero le había enseñado entre otras tantas cosas a encontrar lugares como aquel, donde un dhampyro pudiese pasar desapercibido y donde no se fuese a presentar toda la guardia con antorchas en mitad de la noche.

Orion acercó a su yegua al establo de la posada, la ató y sacó una zanahoria del morral como recompensa por el duro trabajo. Se despidió del animal con unas palmaditas en el lomo.

La posada estaba sucia y mal iluminada, era un término medio entre un sótano y un edificio, como si se hubiese hundido en el suelo hasta la mitad por el peso de la segunda planta. Para entrar había que bajar unos estrechos escalones.

Lo primero que vio el dhampyro al entrar fue a los únicos clientes del local, en una mesa al fondo estaban sentados un grupo de hombres desaliñados que comían platos de humeante estofado, por sus hombreras de cuero y el hacha apoyada contra la mesa no era muy complicado adivinar que se trataba de un grupo de mercenarios.

– Cerveza – le ordenó Orion al joven muchacho detrás de la barra mientras se sentaba. – Y un plato de estofado – Señaló con el pulgar hacia él grupo de hombres que estaba detrás suyo.

El muchacho, que vestía con harapientas ropas y tenía unas puntiagudas orejas comenzó inmediatamente a servir la bebida.

– ¿Cuánto por una habitación? – preguntó Orion.

– Solamente 2 monedas de plata mi señor – respondió el niño mientras le colocaba el plato de estofado delante

– No soy el señor de nadie – Orion parecía molesto.

– Las apariencias engañan – el niño le miró fijamente y se detuvo un segundo. – Pero la sangre, la sangre contiene el secreto – Orion habría jurado ver sabiduría reflejada en sus ojos durante un momento.

– Niño, ¿cuál es tu nombre? – preguntó Orion incómodo.

– Me llaman de muchas maneras – respondió el niño juguetón mientras se escabullia dentro de la cocina.

Cuando Orion hubo terminado su comida, dejó las 2 monedas de plata en la barra y subió a una habitación. Cuando entro no se sorprendió en lo más mínimo, las condiciones de aquella habitación dejaban que desear pero no podía pedir más de un lugar como aquel. Seguía siendo mejor a las noches que tenía que dormir a la interperie a un lado del camino, descubierto ante cualquier tipo de peligro, aquí por lo menos había una cama.

Una vez hubo organizado su morral, sacó una pluma y un frasco con un liquido negro y viscoso dentro, los coloco sobre la mesa de la habitacion y comenzo el mantenimiento de sus runas. Tras años de estudio, Orion había conseguido una considerable cantidad de conocimiento arcano y a pesar de no haber encontrado algo que le pueda ayudar con su condición vampírica si que había conseguido un control relativamente seguro sobre sus instintos a través de magia restrictiva.

Empapo la punta de la pluma en el líquido del frasco y comenzó a repasar las detalladas runas que tenía tatuadas, tres líneas de runas grabadas alrededor de sus dos antebrazos. Su afilado rostro que en ocasiones lucía delicado, se retorció en una mueca de dolor que le daba un aspecto casi inhumano mientras terminaba el trabajo con la pluma, el simple roce con la piel producía un intenso dolor capaz de quebrar rápidamente una mente sin entrenar. Normalmente se necesitaban varias personas para sujetar a quien estuviese siendo marcado mientras un experto inscribía las runas en la piel. Nadie en su sano juicio realizaria las inscripciones en uno mismo, al menos eso había escuchado decir a los monjes que le enseñaron.

Susurro un encantamiento y dio por terminado el mantenimiento. Pasado un rato consiguió dormir, no fue sencillo, el dolor todavía recorría sus antebrazos, pero había algo más. Orion no supo reconocer que le causaba esa sensación de incomodidad.